

cuatro pasajes. de Anibal, Carlo-Magno, Francisco I, y Napoleon. Anibal y Carlo-Magno pasaron el Mont-Cenis; Francisco I, y Napoleon, por el mismo sitio en donde se halla edificado el hospicio. Carlo-Magno y Napoleon lo atravesaron para vencer. Anibal y Francisco I, para ser vencidos.

Ademas de las damas de que ya he hablado teniamos al almuerzo una inglesa y su madre. Hacia tres años recorrian la Italia y los Alpes á pie, llevando su equipage en una cesta, y haciendo sus ocho ó diez leguas por dia: quisimos saber el nombre de estas intrépidas viageras, y lo buscamos en el registro de los extranjeros; la mas jóven habia firmado, *Luisa, ó la hija de las montañas.*

Habiamos entrado para buscar este registro en la sala contigua al refectorio, adornada como éste, con varios regalos hechos á los buenos padres. Encierra ademas dos cuadros que contienen diversos objetos antiguos encontrados en las escavaciones del templo de Júpiter; los que se hallan mejor conservados son dos estatuas pequeñas, la una de Júpiter y la otra de Hércules: una mano enferma con la serpiente de Esculapio enroscada, y llevando en los dedos como señal de enfermedad, una rana y un sapo: en fin, muchas láminas de bronce en las que están los nombres de los que iban á implorar el auxilio del dios.

Yo copié muchos de estos *ex-votos*, y los reproduzco aquí sin alterar nada en el orden de los renglones.

J. O. M. Paenino: T. Macrinus demonstratus. V. S. L.

<i>Jovi optimo maximo</i>	<i>votum solvit libente</i>
<i>Pænino</i>	<i>nominibus aug</i>
<i>Pro itu et reditu</i>	<i>Jovi Pæninosabineius</i>
<i>C. Julius Primus</i>	<i>ensor ambianus.</i>
<i>V. S. L.</i>	<i>V. S. L.</i>

Interrumpiome en esta ocupacion el ruido que hacian nuestros convidados. Mientras yo copiaba mis inscripciones se habia marchado á decir misa el monje que nos habia hecho los honores del almuerzo, sin tomar nada. Nuestro doctor se habia colocado de centinela á la puerta del refectorio, de Sussy se habia puesto al piano, y nuestras damas, inclusa la hija de las montañas, bailaban la galop al rededor de la mesa.

En el momento de mas animacion del baile, entreabrió el doctor la puerta, y asomando la cabeza:

—Señoras, dijo á las bailarinas; aqui hay un hermano lego que pregunta si gustais ver el gran depósito de los muertos.

Esta proposicion paró la galop de repente: las señoras consultaron un momento entre sí: el disgusto combatió con la curiosidad, la curiosidad venció: partimos.

Al llegar á la puerta exterior declararon que

no pasarían de allí; habia pie y medio de nieve, y el depósito está situado á unos cuarenta pasos casi del hospicio. Pusimos los hombres unos sillones sobre unos palos, y ofrecimos llevar á nuestras bellas curiosas todo el camino: aceptaron.

No sin bastantes gritos y risotadas causadas por el balanceo y movimiento de la silla, y los tropezones de los que las lleváramos, llegaron á la ventana abierta eternamente, y por la cual se sumerge la vista en la vasta bóveda del gran depósito del San Bernardo. Imposible es ver un espectáculo mas curioso y horrible á la vez.

Figuraos una gran sala baja y abovedada de treinta y cinco pies cuadrados, casi iluminada por una sola ventana, y cuyo suelo está cubierto de una capa de polvo de pie y medio. Polvo humano.

Este polvo, que parece cual las espesas olas del Mar Muerto, arrojar á su superficie los objetos mas pesados, está cubierto de multitud de huesos.

¡Huesos humanos!

Y sobre estos huesos, de pie, recostados en la pared, agrupados con la caprichosa inteligencia de la casualidad, conservando cada uno la espresion y la actitud en que la muerte les ha sorprendido, los unos de rodillas, los otros con los brazos estendidos, estos con los puños cerrados y la cabeza baja, aquellos con la frente y las manos levantadas al cielo; ciento cincuenta cadáveres, ennegrecidos por el hielo, con los ojos vacíos y los dientes blancos, y en medio de ellos una muger que ha creído salvar á su hijo dándole el pecho, y que parece en medio de aquella infernal reunion, una estatua del amor maternal.

Todo esto encerrado en aquel cuarto; polvo, huesos ó cadáveres, segun la época de que datan, y en la ventana de aquel cuarto, iluminada por un sol alegre, cabezas de mugeres jóvenes y bellas, la vida animada desde veinte años apenas, contemplando la vida estinguída hace siglos. ¡Ahl! ¡qué espectáculo tan extraño!.. ¡En cuanto á mi, toda mi vida estaré viendo á aquella pobre madre que da de mamar á su hijo!

¿Qué decir despues de esto del San Bernardo? Tambien hay una iglesia en que está el sepulcro de Dessaix, una capilla dedicada á Santa Faustina, una lápida de mármol negro, donde hay grabada una inscripcion en honor de Napoleon. Hay otras mil cosas tambien. Pero creedme, haced que os las enseñen antes de ir á ver á aquella pobre madre que está dando de mamar á su hijo.

LOS BAÑOS DE AIX.

La ciudad de Aosta es una linda y pequeña poblacion que tiene pretensiones de no pertenecer ni á la Saboya ni al Piamonte; defienden sus habitantes que su tierra formaba parte de aquella parte del imperio de Karl el Grande, que habia heredado de los señores de Straulingen. En efecto, aunque suministran un contingente militar, no pagan contribucion alguna y han conservado la franquicia de caza, por lo demas obedecen, bien ó mal, al rey de Cerdeña. El carácter de la ciudad de Aosta es todo italiano, á escepcion del abominable idioma que allí se habla, y que creo es saboyano corrompido: por todas partes en el interior de las casas, las pinturas al fresco reemplazan á los papeles ó artesonados, y los fondistas no se descuidan nunca de servirlos á la mesa una especie de pasta y una clase de crema, que destrazan pomposamente con el título de macarrones y sambasones. Agréguese á esto el vino de Asti y las chuletas á la milanesa, y se tendrá completa una mesa valdiostense.

La ciudad de Aosta se llamaba al principio Cordella, del nombre de Cordellus Latiellus, jefe de una columna de galos cisalpinos; llamados Salassos, que vinieron á establecerse allí.

En tiempo de Augusto se apoderó de ella una legion romana, mandada por Terencio Varron, y construyó á la entrada de la ciudad, en memoria de aquel suceso, un arco de triunfo, aun hoy en pie y entero sobre el que se leen estas dos inscripciones modernas:

*El Salasso defendió largo tiempo sus hogares;
Sucumbió: Roma victoriosa
Depuso aquí sus laureles.*

*Al triunfo de Octavio Augusto César.
Derrotó completamente á los Salassos.*

El año de Roma DCCXXIV.

(24 años antes de la era cristiana).

Al fin de la calle de la Trinidad hay otras tres arcadas antiguas construidas de mármol gris formando tres entradas, de las que una no tiene uso alguno hoy: la de en medio, como la mas alta, estaba reservada para el paso del emperador y del cónsul: sobre la columna que lo sostiene se lee esta inscripcion:

El emperador Octavio Augusto fundó estos muros.

*Edificó la ciudad en tres años,
Y la dió su nombre el año de Roma
DCCXXVII.*

A poca distancia de este monumento se

TOMO I.

encuentran todavía algunos restos de un anfiteatro de mármol ceniciento.

La iglesia ofrece los diferentes caracteres de las épocas en las que ha sido fundada y restaurada. El pórtico es de arquitectura romana modificada por el gusto italiano: las ventanas son ojivales y pueden datar del principio del siglo XIV. El coro tiene un pavimento de mosaico antiguo representando la diosa Isis rodeada de los meses del año, y contiene muchos hermosos sepulcros de mármol, sobre uno de los cuales está recostada la estatua de Tomás, conde de Saboya: un pequeño bajo relieve gótico de un esquisito trabajo está colocado delante del altar. Allí ha esculpido el autor con toda la sencillez del arte del siglo XV la vida de Jesucristo desde su nacimiento hasta su muerte.

Todos estos edificios, incluso las ruinas de un convento de la orden de San Francisco, patrono de la ciudad, pueden visitarse en dos horas: al menos este es el tiempo que nosotros le consagramos.

Al volver á la posada encontramos allí á un veturino (especie de mayoral) que el huésped habia hecho llamar durante nuestra ausencia. Aquel hombre se comprometia á llevarnos en el mismo dia á Pre-Saint Dicier, y nos comprometió á todos los seis en un carruaje donde hubiéramos ido bastante incómodos cuatro, asegurándonos que nos hallariamos muy bien cuando nos hubiéramos arreglado. Cerró en seguida la portezuela, y esclavo de su palabra no se detuvo á pesar de nuestros gritos si no á tres leguas de Aosta, un poco mas allá de Villanueva.

Debimos este momento de respiro á un accidente que habia sucedido ocho dias antes. Una porcion de hielo al caer en un lago, cuyo nombre he escrito tan bien en mi album que me es imposible el leerlo é interpretarlo, habia hecho subir doce ó quince pies la masa de agua que habia salido fuera de su cauce. El torrente habia tomado para correr un camino distinto y encontrando sobre este camino una casita la habia arrastrado consigo: cincuenta y ocho vacas, ochenta cabras y cuatro hombres perecieron en la inundacion: se encontraron un cadáver hecho pedazos á lo largo de las orillas de este nuevo rio, que habia atravesado el camino real y habia ido á precipitarse en el Dora. Troncos de árboles, tablas, piedras se habian amontonado á la ligera para formar una especie de puente, y este puente es el que no se atrevia á atravesar nuestro conductor con su carruaje cargado, lo que nos proporcionó la felicidad de salir un instante de nuestra jaula.

No conozeo monge, cartujo, trapense, der-vich, fakir, fenómeno viviente, animal curioso de los que se enseñan por dos cuartos, que haga una abnegacion mas completa de su libre albedrio que el desgraciado viagero que se mete en un coche público. Desde entonces

sus deseos, sus necesidades, su voluntad quedan á merced del conductor, de quien se convierte en una especie de propiedad. No le dará mas aire si no lo estrictamente necesario para que no muera asfixiado; no le dejarán tomar mas alimento que el preciso para que pueda llegar vivo á su destino. En cuanto á puntos pintorescos del camino por donde se pasa, en cuanto á los objetos curiosos que haya que visitar en las ciudades donde se hace parada, le será prohibido hasta hablar de ellos si no quiere hacerse insultar por el conductor: decididamente los carruages públicos son una admirable invención... para los cofres y las maletas.

Declaramos al propietario de nuestro veturino que solamente cuatro de nosotros nos hallábamos dispuestos á volver á entrar en su máquina: en cuanto á los otros dos se hallaban muy decididos á terminar á pie las ocho leguas que nos quedaban por hacer: yo era uno de estos últimos.

Ya estaba bastante oscura la noche cuando llegamos á Pre-Saint Dacier; allí encontramos á nuestros camaradas de carruge un poco mas fatigados que nosotros: quedó convenido que al día siguiente pasaríamos el pequeño San Bernardo á pie.

A la mañana siguiente el que primero abrió los ojos dió gritos de admiración que despertaron á toda la caravana: habíamos llegado de noche, como he dicho, y no teníamos idea alguna de la magnífica vista que se descubría desde las ventanas de la posada: en cuanto al posadero acostumbrado á esta vista, no habia pensado ni aun en hablarnos de ella.

Nos encontrábamos al pie del Monte Blanco, pero sobre la falda opuesta á Chamouny. Cinco neveras bajaban de la nevada cresta de nuestro antiguo amigo que cerraban el horizonte cual una pared: este inesperado punto de vista al que nada nos habia preparado era tal vez lo que mas hermoso habíamos encontrado durante todo nuestro viage: sin escluir yo á Chamouny.

Bajamos para preguntar á nuestro huésped el nombre de aquellas neveras y de aquellos picos: mientras nos lo esplicaba pasó cerca de nosotros un cazador con una carabina en la mano y dos gamos á la espalda: eran una madre y su choto; los dos habian sido muertos recientemente.

El posadero que vió que éramos gente curiosa se aprovechó de ello y nos propuso hacernos ver los baños del rey: así supimos que Pre-Saint Dacier poseía un manantial de agua mineral: tuvimos la imprudencia de aceptar la invitación.

Nuestro huésped nos llevó entonces á una mala casuca de yeso que nos fué preciso visitar desde el sótano hasta el tejado: no nos perdonó ni una cacerola de la cocina, ni una esponja de las que usó en el baño. Creímos al fin que habíamos concluido el inventario cuando al salir nos hizo notar bajo el peristilo un

clavo en el que S. M. se dignaba colgar su sombrero.

Me escapé dando al diablo al rey de Cerdeña, de Chipre y de Jerusalem: mi apóstrofe hizo caer naturalmente la conversacion sobre política, y como entre nosotros seis habia representantes de cuatro diferentes opiniones se entabló una discusión: al llegar á la aldea de San Mauricio aun íbamos disputando y habíamos andado sin sentir ocho leguas. El que menos ronco se encontraba se encargó de pedir la comida.

Terminada esta operacion como nos quedaban aun cuatro horas de día, nos colocamos en dos carretas, y grave y pausadamente se pusieron en camino y no se detuvieron si no cuando sonaban las once en el hotel de la Cruz Roja en Moustier.

Aquel pueblecito nada tiene de notable si no las salinas. Las visitamos al día siguiente por la mañana.

Hállase situado el establecimiento á una legua casi del manantial que explota; este manantial al salir de la tierra contiene una parte y media de materia salina sobre cien partes de agua. Durante su curso la evaporacion del agua hace la proporción de las sales mucho mas considerable en el momento en que el líquido se somete á la acción de la bomba. Esta bomba levanta á una altura de treinta pies el agua que se distribuye en una multitud de canalitos, de donde vuelve á caer sobre millares de cuerdas. En este estado estremo de division la evaporacion de la parte acnosa es mucho mas grande aun que la que anteriormente se ha verificado: y como las partes salinas no han desaparecido por esta evaporacion, resulta que se tiene al fin un agua muy cargada de sales que en seguida se pone á hervir en las calderas.

Podria obtenerse directamente la sal haciendo hervir el agua tal como sale del manantial; pero entonces seria mucho mas grande el gasto del combustible.

La totalidad que resulta de la explotacion es de quince mil kilogramos haciendo parte de los cuarenta mil que se consumen en Saboya y que el rey vende á sus súbditos á seis cuartos la libra: en Bex la sal recogida por el mismo mecanismo se vende á seis maravedises por el gobierno.

El mismo día á las cuatro de la tarde nos hallábamos en Chamberí. Nada diré del interior de los monumentos públicos de la capital de la Saboya; no pude entrar en ninguno de ellos en atención á que llevaba sombrero gris. Parece que un despacho del gabinete de las Tuilerías habia provocado las mas severas medidas contra el sedicioso fieltro, y que el rey de Cerdeña no habia querido por una cosa tan fútil esponerse á una guerra con su muy querido y caro hermano Luis Felipe de Orleans: como yo insistia reclamando enérgicamente contra la injusticia de semejante disposicion,

los carabineros reales que estaban de guardia á la puerta del palacio, me dijeron burlonamente que si absolutamente me obstinaba, habia en Chamberí un edificio á cuyo interior les era permitido llevarme: era la cárcel. Como el rey de Francia á su vez no hubiera querido probablemente esponerse á una guerra contra su muy caro hermano Carlos Alberto por un personaje tan poco importante como su bibliotecario, respondí á mis interlocutores que eran muy amables para ser saboyanos y de mucho talento para ser carabineros.

Nos marchamos inmediatamente despues de la comida, sobre cuya cuenta rebajamos diez y ocho francos sin que esto pareciese perjudicar los intereses de nuestro huésped ó fondista llamado Chevalier, y llegamos una hora despues á las puertas de Aix. La primera palabra que oímos al pararnos en la plaza fué un viva á Enrique V pronunciado con una fuerza de órgano que nada dejaba que desear. Saqué inmediatamente la cabeza por la portezuela pensando que en un país donde tan susceptible es el gobierno, no podria dejar de prenderse al legitimista que de una manera pública acababa de manifestar su opinion. Me engañaba; ninguno de los diez ó doce carabineros que se paseaban por la plaza hizo un movimiento hostil: es verdad que aquel caballero llevaba sombrero negro.

Las tres posadas de Aix se hallaban atestadas de gente: el cólera habia llevado allí á una multitud de cobardes, y la situación política de París á una multitud de descontentos: de esta manera Aix se encontraba siendo la cita de la aristocracia de nobleza y de la aristocracia del dinero: la una se hallaba representada por Mad. la marquesa de Castries, la otra por el baron de Roschildt: Mad. de Castries es, como se sabe, una de las mugeres mas graciosas y de mas talento de París.

Pero esa multitud no habia hecho aumentar ni el precio de los alojamientos ni el de los alimentos. Encontré en casa de un tendero una habitacion bastante bonita por treinta cuartos al día, y en casa de mi fondista una comida excelente por tres francos. Estos pequeños detalles, muy poco interesantes para muchas personas, los consigno aqui para algunos proletarios como yo que tal vez les darán importancia.

Quise dormir: pero en Aix es una cosa imposible antes de la media noche: mis ventanas daban á la plaza, y la plaza era el punto de reunion de una treintena de sus ruidosos elegantes que miden por el ruido que hacen el placer que experimentan. No pude distinguir en medio de aquella baranda sino un solo nombre: verdad es que fué repetido casi unas cien veces en el intervalo de media hora: este nombre era el de Jacotot. Naturalmente pensaba que el que llevaba este nombre seria un eminente personaje, y bajé con ánimo de hacer su conocimiento.

Hay dos cafés en la plaza, el uno estaba vacío, en el otro no se podia entrar; el uno se arruinaba, el otro se llenaba de oro. Preguntéle á mi huésped de qué procedia esta preferencia: me respondió que era Jacotot el que atraía á la multitud. No me atreví á preguntar quién era Jacotot por miedo de aparecer demasiado lugareño. Dirigime hácia el café lleno de gente: todas las mesas se hallaban ocupadas; habia un lugar vacío en una de ellas; me apoderé de él llamando al mozo.

No me respondieron. Entonces saqué toda la voz que me permitian mis pulmones y renové mi interpelacion que no tuvo mas resultado que la primera.

—Poco tiempo haber llegado vos á Aix, me dijo con un pronunciado acento alemán uno de mis vecinos que estaba bebiendo cerveza.

—Esta tarde, caballero.
Hizo un gesto como para decirme: ahora comprendo; y volviendo la cabeza hácia el lado de la puerta del café no pronunció mas que esta sola palabra: ¡Chacotot!

—¡Voy, señor, voy! respondió una voz.
Jacotot se presentó en el mismo instante: no era otra cosa sino el mozo del café. Paróse delante de nosotros; la sonrisa se hallaba estereotipada sobre aquella buena y redonda cara estúpida que es preciso haber visto una vez para poderse formar de ella una idea. Mientras que le pedia un vaso de cerveza, veinte voces ó veinte gritos á la vez decían:

—Jacotot, un cigarro.
—Jacotot, el periódico.
—Jacotot, fuego.
Jacotot á medida que le pedian cada cosa la sacaba al instante de su bolsillo: hubo un momento en que pensé si seria el encantado bolsillo de Fortunatus.

En el mismo momento salió otra voz de un sombrío corredor perteneciente al café.
—Jacotot, veinte luises.

Jacotot colocó su mano encima de sus ojos, á guisa de pantalla, y miró quien le dirigia esta última petición, y habiéndole probablemente conocido por hombre de garantía, echó mano al maravilloso bolsillo y sacó un puñado de oro, que le entregó sin añadir nada á su habitual estribillo; ya voy, señor, ya voy, y desapareció para ir á buscarme un vaso de grosella.

—¿Con que perdeis, Pablo? dijo un jóven que se hallaba en una mesa al lado de la mia.

—Tres mil francos.
—¿Vos jugar? me dijo mi alemán.
—No, señor.
—¿Por qué?
—No soy bastante pobre para desear ganar, ni bastante rico para poder perder.

Miróme fijamente, bebióse un vaso de cerveza, echó una bocanada de humo, colocó un codo sobre la mesa, apoyó su cabeza en su mano, y me dijo gravemente:

—Tener razon vos, jóven. ¡Chacotot!....

—Voy, señor, voy.

—Otra botella traer y otro cigarro.

Jacotot le trajo su sexto cigarro y su cuarta botella; encendió el uno y destapó la otra.

En tanto que por milado, yo tomaba mi grolla, dos de nuestros compañeros vinieron á tocarme en la espalda; habían organizado para la mañana siguiente con una docena de amigos que habían encontrado en Aix, una partida de baño al lago de Bourget, situado á una media legua de la ciudad, y venían á preguntarme si quería ser de los suyos. No había necesidad de preguntar esto; solo me informe de los medios de transporte; me respondieron que no tuviese el menor cuidado porque ellos lo habían dispuesto y preparado todo. Con esta seguridad me fui á acostar. A la mañana siguiente me desperté con el ruido que había debajo de mi ventana. Mi nombre había por el momento reemplazado al de Jacotot, y una treintena de voces lo alzaban hasta mi segundo piso con toda la fuerza de sus pulmones. Echéme abajo de la cama creyendo que se había prendido fuego á la casa, y corrí á la ventana. Treinta ó cuarenta burros cabalgados por otros tantos ginetes ocupaban en dos filas todo lo ancho de la plaza. Era un golpe de vista para encantar á Sancho Panza. Llamábanme, en fin, para que viniese á ocupar mi lugar en las filas. Pedí cinco minutos, que me fueron concedidos, y bajé. Habíanme reservado con una delicadeza y atención, que se apreciará despues, una soberbia burra llamada *Cristina*. El marqués de Montairon, que montaba un hermoso caballo con buenas crines, había sido nombrado por unanimidad general, y mandaba toda la brigada. Dió la señal de partir por esta alocucion tan familiar á todos los coroneles de coraceros.

—Adelante, cuatro en fondo, al trote si quereis, y al galope si podeis.

Echamos en efecto á andar seguido cada cual de un pilluelo que pinchaba con una vara la grupa de nuestros burros. Diez minutos despues nos hallábamnos en el lago de Bourget. Solamente, y habiendo partido en número de treinta y cinco, habíamos llegado doce, quince habían caído en el camino, los otros ocho no habían podido jamás hacer salir á sus burros del paso; en cuanto á *Cristina* caminaba como el caballo de Perseo.

Son una verdadera maravilla los lagos de Suiza y de Saboya con sus azuladas y transparentes aguas, que dejan ver su fondo á ochenta pies de profundidad. Es preciso haber llegado á sus orillas aun manchados como lo estábamos con los baños del fangoso Sena, para formarse una idea del placer con que nos precipitamos en ellos.

Al extremo opuesto de donde nos hallábamnos, se elevaba un edificio bastante notable. Pregunté á uno de nuestros compañeros en el momento en que subía á la superficie del agua, tal era aquel edificio. Apoyó las manos sobre

mi cabeza y los pies sobre mis espaldas, y me envió á quince pies de profundidad, y aprovechando el momento en que yo sacaba la cabeza á la superficie del lago, es Hautecombe, me dijo, la sepultura de los duques de Saboya y de los reyes de Cerdeña. Le di las gracias.

Propusieron ir á almorzar allí y visitar en seguida los sepulcros reales y la fuente intermitente. Nuestros barqueros nos dijeron que en cuanto á esta última curiosidad tendríamos que privarnos de ella en atención á que hacia ocho días que el manantial no corría, bajo pretexto de que había veinte y seis grados de calor. No por eso fué menos aceptada la proposicion por unanimidad. Sin embargo, uno de ellos hizo una reflexion muy sensata, y era que treinta y cinco mocetones como éramos no sería fácil que encontrasen bastantes huevos y leche, únicos comestibles probables en una pobre aldea de la Saboya. En su consecuencia, un pilluelo y dos burros fueron despachados á Aix; el pilluelo era portador de una palabra para Jacotot á fin de que nos enviase el mejor desayuno posible: debía ser pagado por los que cayesen de sus burros al volver.

Llegamos, como es fácil conocer, á Hautecombe antes que nuestros proveedores; mientras les aguardábamos nos dirigimos á la capilla donde se hallan los sepulcros. Esta es una iglesia pequeña, bonita, y aunque moderna, está construida sobre un plan de forma gótica. Si las paredes estuviesen ennegrecidas por ese sombrío barniz que los siglos dan al pasar, se la tomaría en su exterior por una construcción de fines del siglo XV.

Al entrar se tropieza con un sepulcro: es el del fundador de la capilla, el del rey Carlos Félix; parece que despues de haber confiado á la iglesia los cuerpos de sus antepasados, él, el último de su raza, quiso, cual un hijo piadoso, velar en la puerta sobre los restos de sus padres, cuya serie subía á mas de siete siglos.

A cada lado del camino que conduce al coro hay colocados soberbios sepulcros de mármol sobre los que se ven tendidos los duques y las duquesas de Saboya. Los duques con un león á sus pies, tipo del valor; las duquesas con un lebre, simbolo de la fidelidad. Otros hay que habiendo marchado por la santa via en lugar de la via sangrienta, se hallan representados con un cilicio en el cuerpo y con sandalias á los pies en señal de padecimiento y humildad; casi todos estos monumentos son de un esquisito trabajo y de una excelente y sencilla ejecucion: por encima de cada tumba, y como para con ello dar un mentis al carácter y á la costumbre, un hermoso medallon oval ó cuadrado representa, ejecutado por artistas modernos, una escena de guerra ó penitencia sacada de la vida de aquel que cubre bajo la piedra que corona. Allí podeis ver el héroe despojado

de la armadura de mal gusto que le cubre sobre su sepulcro, combatiendo vestido á la griega con una espada ó un dardo en la mano en la posicion académica de Rómulo y Leonidas. Estos señores eran demasiado orgullosos para copiar y tenían demasiada imaginacion para hacer las cosas que vieron. ¡Dios los tenga en el cielo!

Vimos algunos religiosos orando por las almas de sus antiguos señores. Son monges de una abadia del Cister perteneciente á la capilla y que tenían el encargo de cuidarla. La fecha de la fundacion de esta abadia sube al principio del siglo XII, y de ella han salido dos papas; Godofredo de Chatillon, electo en 1244 bajo el nombre de Celestino VI, y Juan Gayetano de los Ursinos elegido bajo el de Nicolás III en 1277.

En tanto que visitábamnos el convento y que tomábamnos estas noticias, llegaron nuestras provisiones, y un espléndido almuerzo se organizó debajo de los castaños, á trescientos pasos de la abadia. Tan pronto como recibimos esta bienaventurada noticia, nos despedimos de los reverendos padres y nos encaminamos á la pradera donde estaba el desayuno. Al ir allí dejamos á nuestra izquierda la fuente intermitente. Tuve curiosidad de visitar el sitio donde se halla; allí encontré inmóvil con su cigarro en la boca y las manos á la espalda á mi alemán de la vispera: aguardaba hacia tres horas á que corriese el manantial: se habían olvidado de decirle que hacia ocho dias que se hallaba seco.

Me reuní con mis camaradas recostados como los romanos alrededor del festin: no tuve mas que echar una ojeada sobre él para hacer entera y complida justicia á Jacotot: era digno de su alta reputacion.

Quando hubimos terminado el desayuno, bebido el vino y roto las botellas, pensamos en volver y se recordó el convenio hecho por la mañana, á saber: que los que se dejasen caer de sus burros pagarían la parte de los que se mantuviesen firmes y no cayesen. Hecha la cuenta se encontró que el desayuno no costaba una gran cosa.

A nuestra vuelta encontramos á Aix en revolucion. El que tenía caballos los había hecho enganchar. Los que no los tenían acudían á los carruages; los que no podían hallarlos se precipitaban á los despachos de las diligencias: algunos hombres se disponían á marchar á pie: las señoras, nos cercaban con las manos juntas en ademán suplicante para obtener nuestros burros: á todas las preguntas que les hacíamos no respondían mas que estas palabras:

—¡El cólera, caballero, el cólera!

Viendo que no podíamos obtener ninguna noticia de aquella espantada poblacion, llamamos á Jacotot.

Vino con los ojos llenos de lágrimas y le preguntamos que había.

El hecho era que un herrero que había llegado la vispera y jactándose de haber burlado al gobierno sardo en la cuarentena de seis dias impuesta á todos los estrangeros, se halló atacado despues de almorzar de vahidos y cólicos. El desdichado había tenido la imprudencia de quejarse; su vecino reconoció al instante mismo los síntomas del cólera asiático. Todos se levantaron dando horribles gritos, y varias personas escapándose, gritaron en la plaza: ¡El cólera! ¡el cólera! como se grita ¡fuego! ¡fuego!

El enfermo, que estaba acostumbrado á semejantes indisposiciones y que de ordinario se curaba con té ó simplemente con agua caliente, era á quien menos se le daba de toda aquella gritería. Iba á marcharse muy tranquilo á su casa para curarse, cuando encontró á la puerta los cinco médicos del establecimiento de los baños. Desgraciadamente para él, en el instante en que iba á saludar á la facultad saboyana, un violento dolor le arrancó un grito, y la mano que echaba á su sombrero, descendió naturalmente sobre el abdomen, asiento del dolor. Mirárouse los cinco médicos, cambiaron una mirada, como dando á entender que el caso era muy grave. Dos de ellos agarraron al paciente cada uno por un brazo, le tomaron el pulso, y le declararon colérico en primer grado.

El herrero, que se acordaba de las aventuras de Mr. de Pourceaugnac, les manifestó con mucha mansedumbre que á pesar de todo el respeto que debía á su profesion y su ciencia, creía conocer mejor que ellos su situacion, en la que se había encontrado ya veinte veces, y que los síntomas que ellos tomaban por la epidemia, lo eran solo de indigestion, no de otra cosa: y que por consiguiente les suplicaba, tuviesen la bondad de dejarle libre el paso, por que se marchaba á su casa á decir que le hiciesen una taza de té. Pero los médicos declararon que no estaba en su poder el acceder á tal peticion, pues estaban encargados por el gobierno de velar sobre el estado sanitario de la poblacion, y que así les pertenecía de derecho todo banista que se pusiese enfermo en Aix. El pobre herrero hizo el último esfuerzo, y pidió que le dejasen cuatro horas siquiera para curarse á su manera, y que si pasado este término no estaba bueno enteramente, consentia en entregarse en cuerpo y alma en manos de la ciencia. Esta le replicó que el cólera asiático, el mismo del que estaba atacado el enfermo, hacia tales progresos que en cuatro horas ya estaria muerto.

Durante esta discusion habianse hablado los médicos algunas palabras al oído, y uno de ellos que había salido de allí volvió á poco acompañado de cuatro carabineros reales y un sargento que preguntó, retorciéndose los bigotes, en donde estaba el infame colérico. Enseñároule el enfermo; dos carabineros le

agarraron por los brazos, y otros dos por las piernas, y el sargento sacó su sable y echó á andar marcando el paso. Los cinco médicos siguieron al acompañamiento: el infeliz herrero arrojaba espumarajos de rabia, gritaba, siempre aferrándose en qué no tenía nada, y mordía cuanto estaba al alcance de sus dientes. Decían ya que eran los síntomas del cólera asiático en el segundo grado: la enfermedad progresaba atrozmente.

A los que le vieron pasar no les quedó duda alguna y se admiró la abnegación de los dignos médicos, que iban á desafiar el contagio; pero todos se dispusieron á huir de él lo mas pronto posible. En este estado de terror pánico, habíamos encontrado nosotros la ciudad.

Llegóse el alemán en aquel momento y dándole á Jacotot, en la espalda le preguntó si el susto de todos era por que el manantial del agua intermitente no corría. Jacotot volvió á empezar la relación que acababa de hacernos. El alemán escuchó con su habitual cachaza, y cuando hubo terminado, se contentó con decir: ¡Ah! y se encaminó hácia el establecimiento.

—¿A dónde vais, caballero? ¿á dónde vais? le gritaron de todas partes.

—Yo, á ver al enfermo, respondió nuestro hombre, continuando su camino. A poco rato volvió con la misma flemma con que se habia ido, y todos le rodearon preguntándole que hacían con el colérico.

—Le apren, respondió.

—¿Cómo le apren!

—Sí, sí, le apren el ventre. Y acompañó estas palabras con un gesto que no dejaba ninguna duda sobre el género de operación que indicaba.

—¿Con que entonces ya ha muerto?

—¡Oh! sí, sin duda, ya, dijo el alemán.

—¿Del cólera?

—No de una indigestion, ¡pobre hombre! habéba almorzado mocho, y su almuerzo le hacia daño, le han posto en uno baño caliente, y su almuerzo le ha ahogado: fe aquí todo.

Y esta era la verdad. A la mañana siguiente fue enterrado el herrero, y al otro ya nadie pensaba en el cólera, solo los médicos aseguraban que habia muerto de la epidemia reinante.

Al otro dia me dispensé de la partida de baño. Tenia que estar en Aix muy poco tiempo, queria visitar en detalle las Thermas romanas y los baños modernos.

La ciudad de Aix se remonta á la mas remota antigüedad. Sus moradores, conocidos con el nombre de *aguensses*, se hallaban bajo la inmediata protección del procónsul Domicio, como lo prueba el primer nombre que llevaron las aguas: *aquae domitianae*. En tiempo de Augusto eran el punto de reunion de todos los enfermos opulentos de Roma.

Después de haber sido cuatro veces quemada, la primera en el siglo III, la segunda y la tercera en el XIII, y la última en el XVII,

después de haber pasado en el año de 1000, el 5 de los idus de mayo, de la posesion de Rodolfo rey de la Borgoña Transjurana, á la de Beroldo de Sajonia; después de haber sido por mucho tiempo un objeto de disputas y causa de guerra entre las casas de los duques de Saboya y de los condes de Ginebra, Aix quedó por fin, por medio de un tratado celebrado en 1293, bajo la dominacion de los primos.

Las diferentes revoluciones acacidas después del paso de los bárbaros, á quienes se debe atribuir la primera destruccion de las Thermas romanas, hasta el último incendio de 1639, habian hecho olvidar la virtud medicinal de los baños de Aix.

Por otra parte tambien, las aguas llovedizas al bajar de las montañas que cercan la ciudad, arrastraban consigo porciones de tierra vegetal y fragmentos de roca, formando así una capa de tierra de ocho ó diez pies y cubriendo las antiguas construcciones romanas. A principios del siglo XVII, fué cuando un médico de una aldea del Delfinado, llamado Cabias, hizo notar los manantiales termales de los que no se cuidaban los habitantes de Aix. Los experimentos quimicos que hizo en ellos, por incompletos que fuesen, le revelaron el secreto de su eficacia para ciertas enfermedades. De vuelta á su país, recetó el uso de estas aguas á la primera ocasion que se le presentó, y acompañó el mismo, para hacer su aplicación, á los primeros enfermos ricos que quisieron someterse á este tratamiento. Su cura dió márgen á la publicacion de un folleto titulado: *De las curas maravillosas y propiedades de las aguas de Aix*. Esta publicacion se hizo en Lion el año 1624, y dió á los baños una nombradía, que se ha ido acrecentando cada vez mas y mas.

Los monumentos que quedan del tiempo de los romanos, son un arco, ó por mejor decir, una arcada, restos de un templo de Diana, y los fragmentos de las Thermas.

Háse encontrado además en las escavaciones para sepulturas en la iglesia de Bourget, un altar de Minerva, piedra de sacrificio, urna en que se recogía la sangre de la victima, y por último el cuchillo de piedra afilada con que se la degollaba.

El cura ha hecho desaparecer todos estos objetos en un momento de celo religioso.

El arco romano ha sido objeto de una larga controversia, los unos han pretendido encontrar en él la entrada de las Thermas, situada á poca distancia del sitio en que está levantado, los otros han hecho de él un monumento funereal; otros, en fin, un arco de triunfo.

Una inscripción confirma al menos el nombre del que edificó el monumento, si bien no dice el objeto con que lo levantó:

L POMPEIUS CAMPANUS.
VIUS FECIT.

De aquí ha tomado el nombre de arco de Pompeyo.

El templo de Diana está mucho menos completo. Parte de sus piedras han proporcionado las losas magníficas que forman las escaleras del Circulo (4); y las que han quedado enteras desaparecieron en la obra de un mal teatrillo al que han servido de cimientos. Una de las cuatro paredes de la biblioteca del Circulo está formada por el muro de este antiguo monumento. Se ha tenido el buen juicio de no cubrirla con tapicería alguna, para que de este modo los curiosos puedan examinar despacio las piedras colosales que han servido para esta construcción. Las mas pequeñas tienen dos pies de altura y cuatro ó cinco de ancho. Están puestas unas encima de otras sin ninguna argamasa, y parecen sostenerse únicamente por el peso del equilibrio.

Los restos de las Thermas romanas están situados bajo la casa de un particular llamado Mr. Perrier. Ya hemos dicho antes que las aguas arrastrando tierra habian cubierto estas construcciones antiguas. Habian desaparecido enteramente quedando ignoradas de todos cuando las encontró Mr. Perrier al hacer las escavaciones para echar los cimientos de su casa.

Cuatro gradas de una escalinata antigua, revestidas de mármol blanco, conducen en primer lugar á una piscina octógona de veinte pies de longitud, rodeada por todos lados de gradas en que se sentaban los bañistas; estas gradas y el fondo de la piscina están revestidas de mármol blanco. Por debajo de cada grada pasan conductos de calor, y detrás de la mas alta de las gradas se hallan las bocas por las cuales se derramaba el vapor en la habitación. En el fondo de la piscina estaba colocado el inmenso lavabo de mármol que contenia el agua fria en que se metían los antiguos inmediatamente después de haber tomado los baños de vapor. El lavabo fué roto en la escavacion, pero la tierra acarreada por los aluviones y de que habia estado lleno, ha conservado la forma exacta de la cuba que lo abarcaba y en la que se habia secado.

Debajo de la piscina está el recipiente que contenia el agua caliente, cuyo vapor subía á la habitación situada encima. Debía contener un inmenso volumen, pues la pared del conducto que comunica con él, se halla corroida á siete pies de altura.

Solo la parte superior de este depósito se halla descubierta, pero examinando los chapiteles cuadrados de las columnas que salen de la tierra, y procediendo de lo conocido á lo desconocido, según las reglas de arquitectura, están sepultadas estas columnas nueve pies en el suelo; están construidas de ladrillos, y cada uno de estos lleva el nombre del fabricante que los suministró, y se llamaba Glarianus. Si-

guiendo el mismo camino que debia seguir el agua, se entra en el corredor por el que se escapaba el vapor; las bocas de calor que se ven en el techo son las mismas cuyo orificio opuesto se encuentra detrás de la grada mas alla de la piscina.

Al final de otro corredor se encuentra una salita de baño particular para dos personas: tiene ocho pies de largo sobre cuatro de ancho, y la misma pieza forma el baño. Está revestida por todas partes de mármol blanco, y sostenida por columnas de ladrillos, entre cuyos chapiteles circulaba el agua termal. Bajábase de lado por escaleras de la misma longitud y anchura que el baño. Debajo de estas escaleras pasaban caloríferos á fin de que se pudiesen poner encima los pies desnudos sin incomodidad, y de que la frescura del mármol no enfriase el agua del baño.

Por lo demas todas estas escavaciones que cualquiera creeria hechas por el propietario del terreno con algun fin científico, no tenían mas objeto que el de hacer una bodega; los corredores que acabamos de describir conducen á ella en línea recta.

Volviendo á subir vemos en el jardín un meridiano antiguo; se diferencia muy poco de los nuestros.

Los edificios modernos son el Circulo y los baños.

El Circulo es el edificio en que se reúnen los bañistas. Por veinte francos se da una tarjeta personal, que franquea la entrada á los salones. Compónense estos salones de un gabinete de rennon, en donde las señoras hacen sus labores, ó se ocupan en la música, una sala de baile y de conciertos, una pieza de billar, y una biblioteca de que ya hemos hablado con motivo del templo de Diana.

Hay contiguo á este edificio un gran jardín que ofrece un magnífico paseo. El horizonte se pierde por un lado á cinco ó seis leguas en una azul lontananza, y por el otro se termina con el Diente del Gato, la altura mas elevada de los alrededores de Aix, llamada así por su color blanco y aguda forma.

El edificio donde se toman los baños se comenzó en 1772, y se terminó en 1784, por orden y á costa de Victor Amadeo. Una inscripción grabada sobre la fuente del monumento atestigüa esta liberalidad del rey sardo.

Vedla aquí:

VICTOR AMEDEUS III REX FELIX AUGUSTUS
PP. HASCE THERMALES AQUAS A ROMANIS
OLIM E MONTIBUS DERIVATAS AMPLIATIS
OPERIBUS IN NOVAM
MELIOREM QUE FORMAM REDIGI
JUSSIT APTIS AD AE GRORUM USUM
AEDIFICIS PUBLICE SALUTIS GRATIA
EXTRACTIS ANNO MDCCXXXIII.

En la primera sala entrando á la derecha,

(4) El Circulo es el parage donde se reúnen por la noche los bañistas.